

En el bar camareros y patrones esperan que les sirva, que preserve la herencia centenaria del establecimiento.

Siento el peso invisible de la responsabilidad.

Con frecuencia, tengo miedo.

Estoy solo.

Cantinflas al rescate

John Knowles

Radford University

“Los hombres no piden perdón. Hacen lo que hacen y dicen lo que dicen y luego se aguantan”.
(Personaje de Mirelles, *Los Soldados de Salamina*,
Javier Cercas, 2001)

Los dos mexicanos están acomodados en sus asientos, el chiquillo junto a mí, mientras perdemos una hora y media en el tráfico que nos lleva hacia la primera caseta de cobro de la salida de la Terminal de Autobuses del Norte, rumbo hacia el norte y fuera del Gran Monstruo Cosmopolita. Los cristales difuminan más la poca luz de la tarde por el tinte gris que los cubre, pero de todos modos somos los únicos que abrimos las cortinillas. Las lluvias de la temporada ya hacia sus finales han hecho su efecto en todo el valle, dejando pastos por donde quiera, hasta donde no había, revueltos indomados como los pelos silvestres de los niños de la calle. Es una tarde gris, más oscura aún por la larga despedida de mil kilómetros en proceso. Me pregunto ¿qué recordarán los niños de su país natal?

De las muchísimas veces que hemos transitado desde el centro o el sur de México hacia la frontera y hacia mi país nativo, es la primera vez que lo hacemos en autobús, y tan fragmentados. Autos, camionetas, avionetas, aviones, todos los modos de transporte de antes cuando había dinero y cuando íbamos juntos, primero los tres, luego los cuatro, entonces los cinco, y por fin los seis —las sumas de antes son las restas de ahora—, la familia va en contra de la evolución, estamos en plena deconstrucción. A mis dos oaxaqueños no les importa nada que estemos en autobús, yo soy el que se traga la culpa del fracaso. Tengo una fuerte intención de mantener un aire positivo, de buen humor. No quiero que su tiempo conmigo tenga visos negativos en su memoria. El amor que les tengo me derrite, me destroza, no puedo pero tengo que poder; *los hombres se aguantan*. Me preocupa si podré mantener una

cara serena cuando llegue el momento de la despedida al otro lado de la frontera mañana. ¿Hay una muerte más aguda?

No tan lejos de donde entraron en conflicto los dos ejércitos hace un bicentenario, cada cual portando su bandera, cuando La Virgen se enfrentó consigo misma en el bando opuesto, la Guadalupana de los indios y criollos frente a la Virgen de los Remedios del ejército realista donde chorreó y mezcló la sangre de todos ante extraño altar, lo inevitable sucede al pasar la caseta: las películas son todas de violencia, los karatecas están de moda, solo cambian los protagonistas y sus países de origen. En mi nueva vida, cuando solo, escojo la flecha, los de segunda precisamente para evitar que quieran que cerremos las cortinas, dejando afuera la visión de la realidad para teñirnos en lo artificial, no es que nos haga falta la violencia real, vaya, en este país todavía bastante bronco. Los zapatistas estaban por levantarse en Chiapas, mas la violencia repentina y al azar ha sido presente pre y pos conquista y pos cualquiera otro contexto de consecuencia en los anales de esta, la más compleja de las culturas. Tampoco me hace falta pasar otro rato en un túnel de oscuridad.

En Querétaro pasamos por el estadio a la izquierda y luego las luces del centro histórico comienzan a prenderse hacia la derecha, allá por donde Doña Josefa Ortiz de Domínguez, la esposa del Corregidor, mandó volando al Paul Revere mexicano para advertir a los conspiradores Allende y el Padre Hidalgo que estaban descubiertos y este, al oír el mensaje exclama: “Caballeros, somos perdidos,” mas no les quedaba más que levantar armas e indios para irse a luchar y morir, ni modo. *Los hombres no piden perdón. Hacen lo que hacen y dicen lo que dicen y luego se aguantan.*

En Querétaro pasaron al Habsburgo archiduque Maximiliano por las armas en la mañana del 19 de junio de 1867, después de un brevísimo experimento con una monarquía perpetrado por Napoleón III y los conservadores reaccionarios a las leyes de Reforma, cuando por ley se separa el Estado y La Iglesia, minimizando el poder eclesiástico. Por allí, en la oscuridad, esta noche no se ve el Cerro de las Campanas como aquel no vio su fin ni nadie imaginó que su cuerpo baleado fuera enviado de vuelta a Europa como otro símbolo patria, como señal en la arena para cualesquier “extraño enemigo” que osare invadir al país tentado por sus riquezas. Nadie se hubiera imaginado que al venir la descarga aquella mañana queretana se escucharía el último grito del

orgullosa, el de los ricitos de barbas rubias ¡Viva México! Porque los hombres, en México, se aguantan. Ejecutaron a los nacionales también, a los Generales Miramón y Mejía juntamente con el Habsburgo esa mañana centenaria y pico. Le rogaron al Indio Juárez clemencia para el archiduque más su sentencia apoyó a los jueces: “aquel que derramó sangre mexicana, su sangre será derramada”. Y a nadie pidió perdón el moreno zapoteco ya que los hombres no piden perdón. Nadie se hubiera imaginado que la viuda Carlota, dentro de poco perdería el sentido común, ni que se le conocería como “la loca”, ni que viviría unos sesenta años en su viudez enclaustrada en su palacio. Tampoco se me figuraba que dentro de unos meses más una mujer fantasma se acercaría a mí de entre un remolino de gente para decirme ante todos su mensaje críptico como sortilegio —“tú eres Maximiliano y te quieren matar”—mas el daño ya se había hecho.

Mientras se termina la primera película, ya es de noche, el chofer mete la siguiente, igual, menos mal. Me sorprende que mis hijos no se duerman. ¿Sienten la carga como solo ellos pueden sentirla? Por mi culpa estamos separados, por mi mucha culpa estamos sufriendo todo esto, ¡por mi culpa están sin su padre! *Pero los hombres no piden perdón.* Ni se pudo pelear para, como querían en ese tiempo, quedarse conmigo en su tierra natal. Sería una injusticia más de mi parte el hacerles pasar por esa pena adicional, y hacer pasar a su madre por lo mismo; además, nunca ganaría el juicio, estaría sacando lo que es para el pan para pagar dos abogados y en vano. A uno le pagaría por chingarme mientras al otro por defenderme.

Antes de llegar a San Luis —el Potosí de los agraristas y cristeros, pobres campesinos haciendo estragos contra otros pobres peones; unos dizque por su religión y otros por la promesa de un pedazo de tierra árida— la que era de los primeros, se termina la segunda película, la tercera comienza y me da mala espina. ¿Por qué no se duermen? Hablo con ellos para distraerlos y para animarlos a que traten de dormir. San Luis toma su nombre del Rey Luis de Francia y, debido a una gran cantidad de oro descubierta en los cerros cercanos, le agregaron el apellido de Potosí por la gran mina boliviana del mismo nombre. San Luis jugó un papel importante en la Guerra de los Cristeros a finales de los años veinte del siglo pasado. Mientras algunos soldados rasos sin tierra, quienes pelearon por el lado del gobierno revolucionario en el

período conocido por el Callismo bajo la promesa del reparto de tierra, otros campesinos defendieron lo suyo, es decir su tierra y su fe, estragos, horrores y violencia cometidos por los dos lados solo que en escala menor que en el Coloso una década antes.

Qué asco, la mujer, la *femme fatal*, se desnuda y se voltea para el deleite de algunos compañeros de viaje; cuando es aparente que la imagen en la pantalla apenas va a lo que va, les digo a los chicos que no miren. Me levanto, paso desde los asientos 17 y 18 para adelante, lentamente apoyándome en los asientos de terciopelo hasta llegar a la cortina que separa al chofer de los pasajeros. La abro.

—Disculpe Señor, hay niños a bordo y la película que está pasando no es para ellos. Haga el favor de sacarla inmediatamente. Le pido que ponga alguna más amena para la audiencia general— Por un momento no me responde y se ve que no quiere; me quedo, algo se aprende a través de los años, entonces la saca.

—Muchas gracias— Chiflidos de los pasajeros cuando la quita, vaya, encontré otro espacio y una nueva forma para hacerme el paria en una pequeña comunidad. Son fuertes los comentarios mientras regreso al remanente de mi grey. Sé que están hablando pestes de su patria en el otro país, y hasta en la casa se hacen comentarios no tan sutiles para intentar influenciar a mis chiquillos. Sigo preocupado por las imágenes que se van a llevar del verano que pasamos juntos y de estas, las últimas hasta Dios sabe cuándo.

Por fortuna, por gracia, el chofer mete una película de Cantinflas. Siguen los chiflidos hasta que el mago empieza con su hechizo, no tardan las carcajadas, y una vez arrancadas, todos los pasajeros despiertos se ríen con los disparates del Charles Chaplin mexicano. El prototípico pícaro mexicano —el pelado— un antihéroe, un Oliver Twist mexicano, es un desafiador de lo ortodoxo, un choteador de los altivos, un demoledor de los argumentos de los eruditos y todo hecho con una picardía que hipnotiza, que le hace gracia a la audiencia sea por la cadencia con que se mueve o por el modo como se expresa. Es un borracho, un torero, un barrendero, un ladrón, un policía, y un maestro que confunde a maestros —en cualquier papel las raíces humildes del circo mexicano se acentúan cuando Don Mario Fortino Alfonso Moreno hace lo suyo con movimientos a la Chaplin pero el nuestro —nuestro Cantinflas aventaja al Inglés porque *habla* como nadie jamás ha hablado—. Hace décadas que la Real Academia

Española, entre otros diccionarios, le honra al incluir palabras como “cantinflar”, “cantinflismo”.

A bordo en el autobús que nos conduce a la Babilonia del Norte, se me hace que los de los chiflidos más fuertes son los que más se ríen. Se ríen a risotadas los míos, se me aflojan las tripas, viéndolos relajados, contentos, entendiendo lo suficiente para mantener la atención, a pesar de la hora. Llega un momento cuando casi me pasa lo que he visto solo entre las mujeres embarazadas: de un estado depresivo paso a la risa, a una risa casi imparable. Me río con la risa incontrolable de los niños cuando socialmente no deberían, como cuando yo tenía la edad de estos dos míos en una réplica de la Noche Buena.

Me tocó ser (ironía) uno de los reyes magos y, estábamos por iniciar el evento cuando mi gran cuate Ralph, luchando frenéticamente con su gabán emitió una risa nerviosa, cosa que me infectó instantáneamente. Me esforcé por contener un volcán que rugía por dentro y, por supuesto, el buen Ralph, al verme así soltó un poco más la risa, lo cual dobló la presión mía hasta el punto de ser imposible que un chamaco de diez años pudiera controlarla. Pero ya había comenzado la música, nos tocó el largo pasillo desde atrás en el auditorio y teníamos que pasar por los cientos de personas vestidas y sentadas para presenciar la solemne réplica del nacimiento del Salvador, íbamos camino a los pies del Niño Santo pero como borrachines, como bribones. Poco a poco nuestra risa llegó a contaminar a los cercanos entre la audiencia, por más que íbamos acercándonos hacia adelante, tambaleándonos de lado a lado, afligidos con la risa, sofocándola momentáneamente hasta el nuevo brote de magma, echando resoplidos, mocos, atragantándonos, emitiendo uno un pedo, lo que, por supuesto alocó a los demás. La cosa fue horrenda, esperaba que alguien nos sacara del infierno de la risa en público, que cantaran un coro navideño, pero nada, éramos prisioneros de fuerzas que nos dominaban y ahora, en este autobús de la despedida, a casi treinta años me pasaba igual solo que en menor escala.

En el autobús esta noche, cuando la risa deja de domarme, lloro, con emociones encontradas: los hombres no lloran, disimulo, no se dan cuenta. “*Los hombres no piden perdón. Hacen lo que hacen y dicen lo que dicen, y luego se aguantan*”. Por un minuto solamente, me pregunto si aquellos, los de los vituperios se están separando de sus familias también, camino al norte para tratar de mantenerlos, que si

ellos también están con el corazón en la mano, pero que se aguantan, como los meros machos. Puede ser un autobús repleto de candidatos para un manicomio de almas partidas en dos. Puede ser que seamos una comunidad de millones quienes nos sentimos con el alma partida en dos, refugiados con pedazos de familia aquí y allá. Pero nos aguantamos.

Mario Moreno, el Charles Chaplin mexicano, palabrero, amigo de los desamparados, enemigo de la injusticia, hace, para mí, su mejor rendimiento durante las horas siguientes mientras nuestra caravana gime y tuerce hacia la frontera de la separación. Desde esa noche es un santo para mí. El impacto de Cantinflas en el cine, el lenguaje y el pensamiento se aprecia por la gran cantidad de literatura y comentarios dedicados a él; el apreciar a Cantinflas es abrazar una de las muchas singularidades mexicanas en su forma más visceral. Hay algo grande y noble en este pícaro del barrio infame de Tepito, lugar en donde la policía pisa ligeramente, algo admirable y extremadamente gustoso.

No escogemos la desviación en Huizache, seguimos derecho, mejor, pienso, a estas horas —hay puros coyotes por delante mientras por el atajo hacia Victoria hay harto ganado suelto y ladrones—. Ya para Matehuala, se durmieron, y así se quedaron hasta llegar a la frontera norte. Pasamos por el Norte —el de los insurrectos—, tierra de Carrancistas y Maderistas, —visionarios, constitucionalistas, y unos cuantos traidores—.

Se acerca la frontera, la frontera de la separación, la zona de entronque en donde los águilas de dos banderas se enfrentan de nuevo, la zona de espejismos, de blanco y negro, de legal e ilegal, de los con papeles y los sin papeles, de batos y bolillos, de greasers y wetbacks y gringos; la frontera de conflictos, de ajedrez. Se siente el nerviosismo entre unos compañeros, se sienten piedras de plomo donde antes había un corazón. Pero nos aguantamos.

El último paso de la larga despedida se hizo al día siguiente; pasó de tal forma que la memoria lo ha mantenido bajo llave, de seguro para proteger al alma de lo más insoportable. Ni recuerdo nada de la despedida final ni cómo regresé a Tenochtitlán, ni qué hice en los días siguientes, pero no importa. Los hombres se aguantan aunque hagan lo que hagan y digan lo que digan.

Ahora, a casi veinte años de los sucesos, recuerdo que me sorprendió cuánto captaron los niños, ya con dos años fuera del mundo

hispano hablante, qué alivio que se rieran ellos a carcajadas, mis tripas se relajaban un poquito entre las risas de ellos y el sentir de que por fortuna, se llevan este toque especial de lo mejor del humor del país. Hasta la fecha tienen buenos recuerdos de Cantinflas y de aquella noche y aún de los largos paseos en autobús de los años pobres y penosos. La nuestra era solamente una entre miles de familias padeciendo las penas y las angustias de la separación en aquella década de los noventa. Sí, éramos muchos emigrando de aquí para allá, haciendo lo que creíamos correcto aunque se rompiesen los corazones, las normas o las reglas, pícaros, burlándose de lo ortodoxo —allí está el detalle—.